



## LA DEPRESIÓN EN IZCOVICH, ¿UN DISCURSO PARA DOS ÉPOCAS?

**Germán David Gómez Palacio**

Germandavid\_gomez@yahoo.com

Docente Universidad Cooperativa de Colombia

Facultad de psicología

Envigado - Antioquia

### ABSTRACT

La depresión es hoy un síntoma que alude, no a una patología, sino una forma de vida que representa al sujeto en un mundo moderno. Luis Izcovich en su texto *La depresión en la época moderna* lo explica. También posible, a partir de su escrito, plantear la incidencia de sus presupuestos sobre una época que, como la posmoderna, tiene hoy una “implicación” en la constitución del lazo, es decir, en la forma de asumir el malestar que produce la cultura.

### ¿Por qué la depresión en el hombre moderno?

Cuando Izcovich (2005) habla de depresión, la enmarca en una dinámica capitalista; hace derivar al capitalismo de la modernidad. El capitalismo representa la modernidad; el Otro de la modernidad se representa en el capitalismo como discurso. Así, la ideología es lo que promulga lo moderno, y el capitalismo el significante que pone en marcha la idea de lo “siempre nuevo”.

Lo que es llamado “novedoso” es un argumento que reedita la necesidad de cambio en el sujeto. Pero no es un cambio sustentado en la necesidad singular que emerge, sino en “un cambio por cambiar”. Al parecer, en la idea de lo siempre nuevo, el goce del sujeto responde a un mandato que ordena cambiar, estar a la moda, no quedarse atrás e ir al paso que impone la ciencia.

Entonces, el lugar del sujeto no es una opción que depende de sí sino que es una consecuencia de los que están a la “vanguardia”; estos, los vanguardistas son quienes hacen del goce en un imperativo que excluye el deseo.

El “hombre” de hoy no se confronta frente a lo que quiere, sino a lo que otros quieren de él. Revelarse frente a ello constituye una denuncia que implica un costo representativo no solo en lo social sino también en su subjetividad, es decir, en lo que piensa y “siente”.

En el sujeto deprimido su deseo se orienta al encuentro con los objetos que poseen ciertas características de consumo ofrecidos por el capitalismo. El acceso a ellos (a los objetos) es más directo, no hay mediación ni de lo simbólico y ni del deseo; el sujeto está orientado por lo que es denominado goce autístico, goce puro que es sin límite.

Lo que ignora el depresivo es sobre su deseo, un no saber sobre lo que lo causa; ignorancia que reemplaza por la devoción hacia los Otros. Es a esto que Lacan denomina depresión como cobardía moral; es no poder sostener el deseo, no poder alinear el deseo en relación a lo que lo produce, a su causa, no poder decidir sobre la propia vida, sino, como ya se dijo en principio, estar sujeto a los artefactos ofertados por la época moderna.

Izcovich plantea una concepción de la depresión en la época moderna. Sitúa la depresión en términos de denuncia, de resistencia, de rechazo al goce uniforme que sugiere lo moderno vía el capitalismo. La depresión sería, según Izcovich (2005), una respuesta que emerge en el sujeto cuando este se niega a “hacer” como los demás, cuando este se “auto-excluye” (Izcovich, 2005, p. 14). Lo que niega el sujeto, que es lo que constituye la causa de la depresión, se plantea en Izcovich a partir de lo que se define como sociedad moderna y capitalismo. En el centro de la modernidad y del capitalismo están las leyes que orientan, digamos, la esencia de la depresión.

Hay que decirlo de nuevo; lo que se designa como depresión apunta al goce del sujeto frente a los efectos de la modernidad. También podría afirmarse que la depresión es una posición frente el mundo, una opción de respuesta que entraña condiciones particulares, por ejemplo, que no hace lazo

social, porque lo que este demanda es precisamente un deber hacer universal, una obediencia a las leyes que hacen circular un goce uniforme. La modernidad encierra por lo tanto una especie de guía dirigida sobre cómo vivir, no de manera singular, sino en acuerdo con las leyes del Otro capitalista.

Izcovich toma el término de sociedad moderna en relación al capitalismo; al respecto dice lo siguiente:

Pero cuando decimos sociedad moderna a que hacemos alusión? A un discurso que prevalece y orienta los sujetos, que condiciona sus elecciones y que funciona, a la vez, como motor y obstáculo de la organización social. Me refiero al discurso capitalista y a sus variantes, que podríamos llamar de aplicación. (Izcovich, 2005, p. 11)

Sugiere Izcovich una dimensión especial al capitalismo, muy diferente al uso y a la operatividad que da la economía; Izcovich, en tanto psicoanalista, hace del capitalismo un “poder” especial sobre los hombres.

Pero, ¿porqué para Izcovich el capitalismo es el discurso sobre el cual se puede apoyar las causas de la depresión? ¿Qué componente del discurso capitalista explica la depresión en la modernidad?

Si se atiende los argumentos que explican el desarrollo del mundo, su cultura, su economía, es posible observar elementos que hablan en la mayoría de los casos del capitalismo como un sistema económico afinado a través de la historia, cambios que han representado una especie de salvación para un mundo en crisis.

Pero, y esta salvedad hay que hacerla, se plantea como salvación para el mundo con mayor arraigo en Occidente, un continente donde se ha instituido el consumo como lo que empuja al hombre a ser feliz. Tal parece que en este lado del mundo, la consecución y el intercambio de objetos orienta las relaciones; es (O)ccidente un significante de (O)bjeto de deseo.

Sería interesante en este punto traer a Weber quien dice algo al respecto:

El capitalismo se nos presenta en forma distinta en los diversos períodos de la historia, pero la satisfacción de las *necesidades cotidianas* basada en técnicas capitalistas sólo es peculiar de

Occidente, y aun en los países del mismo resulta cosa natural desde la segunda mitad del siglo XIX. Toda una *época* es típicamente capitalista cuando la satisfacción de necesidades se halla, conforme a su centro de gravedad, orientada de tal modo que, si imaginamos eliminada esta clase de organización, queda en suspenso la satisfacción de las necesidades. (Weber, 1978)

Max Weber no plantea al sistema capitalista como una ocurrencia de la época, ni como un sistema que depende exclusivamente de la economía. Por el contrario, lo presenta más como un efecto de discurso. Es el capitalismo en Weber un sistema que opera en la historia de manera diferente en cada época; entonces, lo que hay que mirar en detalle, es precisamente lo que representa la emergencia del capitalismo; lo que hace que este se presente de esa manera y no de otra.

Tanto en un uno como en otro, en Izcovich como en Weber, lo que sostiene la incidencia del capitalismo como discurso es el uso de las técnicas que este ofrece y la manera como condicionan la satisfacción y /o la pulsión. La técnica condiciona la satisfacción diría Weber; el exceso es el que regula hoy el goce, no el S1.

Izcovich encuentra que lo que da el modernismo como uno de los insumos principales para explicar la depresión en la época moderna es el exceso. Ya se dijo; el modernismo como un vivir siempre “lo nuevo” y el capitalismo como el sistema que ofrece los objetos para un ser “siempre feliz”. La depresión como respuesta alude, indudablemente, a que vivimos una época de excesos; el capitalismo, en los tiempos actuales, es en tanto exceso.

Esta época que nos toca vivir (la del exceso) hace resonar con mayor ruido las peripecias que el hombre hace para arreglárselas con su malestar. El exceso es el calibre de la felicidad y la imposibilidad la medida del fracaso.

A la vez que el modernismo vía el capitalismo ofrece los insumos para explicar el exceso como puntal que guía el conocimiento sobre la depresión, ofrece las bases para tecnificar la búsqueda de lo nuevo y permite construir lo que hoy es denominado el hombre posmoderno.

Hoy se habla de posmodernidad como una teoría que promulga la caducidad de la razón como causa de las cosas. Lo que puede ser visto como un hombre moderno evolucionado, es un hombre que alberga la depresión como síntoma.

### **¿Por qué la depresión en el hombre posmoderno?**

No hay mucha distancia entre los criterios que desde la modernidad explican en Izcovich la depresión y lo que podría ser la depresión en el hombre posmoderno. El exceso, la negación de la norma y la caída del ideal son tres condiciones que explican la depresión y que bien se pueden rastrear en el hombre denominado hoy posmoderno.

El posmodernismo surge como una corriente de pensamiento reaccionaria. La posmodernidad construye teoría a partir de los “fracasos” del modernismo, que son los fracasos derivados de la defensa de la razón como origen único de las cosas. El hombre posmoderno desconoce la razón como medida indispensable de constatación. Emerge (el hombre posmoderno) como una figura que discrepa de la norma como marco de referencia. Esa diferencia con lo establecido; con la norma y la razón, habla de la depresión. De la misma manera lo sugiere Izcovich en el hombre moderno.

El posmodernismo emerge como la esencia del hombre que se identifica no con la razón, la que es promulgada como una en todos los hombres, sino con la fuente de la acción, la voluntad; las voluntades de los hombres pueden entrar en pugna de un modo en el que los productos de la razón, afirmaciones descriptivas verdaderas, lógicamente no pueden entrar, es en definitiva la ruptura con el mundo clásico objetivo.

Lo que se ofrece al hombre posmoderno es la fractura de la socialización disciplinaria; esto constituye lo que Lipovetzky (citado en Berlín, 1998) denomina sociedad flexible, que significa una sociedad “desentendida”, donde han caducado los viejos y tradicionales valores. Se disuelven los valores absolutos. Ya no se está en presencia de una moral absoluta, sino relativista, que parte del sentimiento; lo moral pasa a ser lo que cada uno siente de tal o cual manera.

Al hombre posmoderno no le interesa el proyecto histórico y globalizante de la modernidad; sigue actuando, negociando, previendo, pero el proceso en su conjunto parece ahora desprovisto de toda finalidad. Es indiferente con el pasado y sin proyectos para el futuro, vive un tipo de existencialismo hedonista, cuyo ambiente para dicho estilo de vida parece ser presentado por una suerte de liberalismo económico y político (Berlín, 1998 p. 16)

Al parecer, la posmodernidad refiere a la caída de un ideal, es decir, la decepción del hombre posmoderno es también el de sentirse defraudado de un Otro omnipotente. En teoría, aparece como el Otro de la ciencia. Ya no operó más el positivismo, ni la verificación, ni la constatación. Se puede argumentar que al caer el ideal del hombre feliz, el sujeto que lo puede todo, en su reemplazo, lo que vino fue, una corriente de pensamiento que lucha contra los efectos de lo real.

¿Qué sugiere el posmodernismo al hombre de hoy? Cómo arreglárselas frente a los embates de lo real? Negando, escamoteando lo real. Esto quiere decir, que para sostener el ideal de una “posibilidad de lograrlo todo” el hombre posmoderno hace la forma de vivir su vida de tal manera que el límite y lo imposible queden erradicados de su discurso.

En el texto de Alemán (2009) titulado “Para una izquierda Lacaniana”, hay una alusión al respecto; a la condición del imperativo tu lo puedes todo, goza de todo sin límite, no sufras, hay otra realidad más allá, búscala, se feliz. En ese texto Alemán habla del sujeto neoliberal, que es una especie de hombre posmoderno. Allí el autor plantea que el neoliberalismo busca aniquilar el sujeto moderno (el freudiano, el crítico, el marxista). Alemán resalta que el goce autista, particular del hombre posmoderno es un universo donde el trabajo, el esfuerzo y el sacrificio están excluidos y donde toda dimensión simbólica tiende a ser vaciada; hay la idea de un hombre evanescente que desfallece frente a lo real, pero que sustituye lo imposible del discurso por el *&mdash*.

La operación sustitutiva que propone el posmodernismo es debido a lo imposible en el discurso, a lo irrealizable, eso es lo que sustituye el *&mdash* por la imagen, el *&mdas* hace imágenes de lo irrealizable del discurso, de aquello que por naturaleza es imposible de atrapar; son las hadas, los sonidos del agua, los colores del aire.

No es descabellado decir que el ideal del hombre posmoderno sigue operando. Lo que ocurre es que el ideal ha perdido el valor atribuido. El ideal no desaparece, cae. Es como en el amor, cuando el ideal cae no queda más que vérselas con su real o inventarse otras formas, algunas de ellas pueden ser incluso excesivas: la promiscuidad, la soltería consagrada, la abstinencia sexual; en el amor cambia la forma pero se sostiene la posibilidad de seguir amando.

El ideal cae pero no se extingue; el ideal es una forma constitutiva de relacionarse, de vérselas con el Otro. Este (el ideal) se debe sostener en su “mínima expresión”, en ese sentido, la emergencia de la depresión es en relación a la caída, más no a la desaparición del ideal.

La caída, la devaluación del ideal, presentifica el fracaso de ese Otro (ideal) al cual ha estado aferrado el sujeto, es decir, que lo que lo sostuvo, lo que fue un referente identificatorio ya no opera como tal. Pero el sujeto en la depresión se resiste a ello, a reconocer que de lo que se trata es de vérselas con su propia responsabilidad frente a la vida, ya no a partir de un Otro omnipotente. Allí, frente a esa resistencia lo que desfallece es el deseo y por lo tanto el sujeto asume la depresión como un lugar donde “goza” ignorando su deseo.

Cuando Izcovich alude a la caída del ideal como una de las causas de la depresión, refiere tanto al hombre moderno como al posmoderno. Una diferencia en estas dos posiciones, la modernidad y la posmodernidad a partir del texto de Izcovich sobre la depresión, sugiere que el hombre moderno duda de lo que piensa, en todo momento, y esa duda hace que la producción continúe y a su vez que el capitalismo sea más una condición del sujeto que un sistema propiamente dicho. Esto sugiere dos cosas que el psicoanálisis plantea y que Izcovich reconoce: La primera, es que la depresión es una condición

ineludible en la constitución del sujeto, mucho más entendible para el psicoanalista que es quien reconoce la existencia de la falta y de la incidencia de lo real. La segunda, es que el capitalismo produce un sujeto para el psicoanálisis en tanto, como dice Lacan, por medio de la ciencia lo forcluye, lo deja sin acceso a su singularidad.

En relación a la diferencia de la modernidad y la posmodernidad, dos épocas, se podría decir que el hombre posmoderno trata de ser “hábil” en relación a los efectos que causa la depresión. El hombre posmoderno intenta anticiparse y crea una especie de “mundo paralelo” que resiste a lo real.

#### **Bibliografía.**

Aleman, J. (2009). *Para una izquierda Lacaniana*. Buenos Aires: Grama.

Berlin, I. (17 de 05 de 1998). *La revolución romántica*. Recuperado el 13 de 02 de 2011, de [www.hacer.org/pdf/Posmoderno.pdf](http://www.hacer.org/pdf/Posmoderno.pdf)

Esaño, C. (1999). Arte en la era audiovisual. *Arte, individuo y sociedad*, 8.

Izcovich, L. (2005). *La depresión en la modernidad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Weber, M. (14 de 11 de 1978). *El origen del capitalismo moderno*. Recuperado el 01 de 05 de 2011, de <http://www.ual.es/personal/caranda/Max-Weber.pdf>